

# RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO  
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO  
CONCERTADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10	números cada quince días:	Ptas. 1,00	al mes.
25	»	»	» 2,50 »
50	»	»	» 5,00 »
100	»	»	» 10 »

PAGO ADELANTADO

*"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."*

(Jesucristo a sus discipulos.)

## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

## LA PATRONA

Era el año 1585. Para que no se apoderasen los protestantes de nuestras tierras (de Flandes, peleaban en Holanda nuestros famosos Tercios, la mejor y más valiente infantería, que se ha visto ni se verá jamás en el mundo. Y, como no está reñido el valor con la piedad y con la fe, aquellos soldados eran valientes y religiosos.

Valiente y religioso también era el Capitán don Francisco de Bobadilla, y al comienzo de Diciembre de aquel año, después de la toma de Amberes, se retiró a la isla de Bomel entre el Mosa y el Vahali, con unos cinco mil infantes. Tuvo entonces Holak, jefe de la escuadra protestante una terrible idea. Abre un boquete al dique por donde corre aprisionada el agua del Mosa para que no inunde las tierras, que allí están más bajas de ordinario que el nivel del río. En un instante, se precipita por el boquete del río, inúndase la campaña y quedan los españoles rodeados de un mar, que sube arremolinado y los obliga a retirarse apurados a las dunas que sobresalían y al montecillo de Empleu, quedando así en tres isletas presos y sitiados por el agua cinco mil españoles. Acércanse entonces los holandeses en sus naves y sitiándoles con ellas invitanles a rendirse.

Mas los españoles no se rendían mientras hubiese alguna esperanza. Pasaron así cinco días mal vestidos, mal comidos, mal provistos de las pocas cosas que habían salvado del naufragio repentino.

En esto, trabajando los soldados por atrincherar para su defensa las cumbres, uno cabando delante de su tienda, encontró una tabla, sacóla con cuidado, y vió con gran sorpresa en ella pintada en frescos colores la Inmaculada Concepción! Un grito inmenso de júbilo y esperanza resonó por todo el campamento. Corren todos a ver la imagen, y entre los primeros el Capitán Bobadilla, atribuyendo a buena señal de libertad y de victoria semejante hallazgo, precisamente la víspera de la fiesta de la Inmaculada. Fórmanse los soldados en columna y conducen la imagen en triunfo a una iglesia que estaba en aquella isleta de Empleu. Fórmale un trono y téjenle un dosel con las banderas. Póstrase toda la infantería ante la Madre de Dios, y pídenle suplicantes su favor y auxilio en tan apurado trance.

En aquella misma tarde, fuese natural providencia de Dios, fuese extraordinaria benevolencia del cielo, álzase viento vehemente y sobremanera frío, que barrió en parte las aguas y sobre todo las empezó a congelar. Holak, que vió este cam-

bio de fortuna, temió y con razón si persistía en aquel sitio, quedar él convertido de sitiador en sitiado, presas sus naves por el hielo, y a todo remo retiróse al Mosa, corrido de abandonar la presa que creía segura.

Entonces nuestros soldados, valientes como eran, acometieron a su vez a los que se retiraban, y desde lejos con sus arcabuces, y algunos también de cerca, acometiendo a las naves rezagadas, por sobre los hielos, mostráronles cuanto podían, débiles y todo, contra los herejes, con el favor de la Virgen.

Sereno amaneció el día siguiente de la Inmaculada. Trasladados en lanchones los infantes llevaron consigo a Bolduc la prodigiosa imagen, y ante ella postrados de rodillas se ofrecieron por esclavos suyos, y fundaron una cofradía de soldados bajo el título de *Soldados de la Virgen concebida sin mancha*. Bobadilla fué el primero de los cofrades.

Divulgada la noticia por todos los Tercios de Flandes, todos sus infantes se alistaron en ella. Un poco más tarde Alonso Vázquez estableció en su legión la misma cofradía en España. Y desde entonces la Inmaculada Concepción es hasta hoy día la Patrona de la siempre gloriosa Infantería española.

Y quiera el cielo que no lo deje de ser jamás.

—Teniente, ¿qué le parece?—le preguntaban a un oficial que acababa de sufrir un fuego muy duro como un bravo—. ¿Se acuerda uno o no se acuerda de esas cosas entonces?

—Se acuerda uno, amigo, se acuerda—respondió el valiente—. Mire usted. Mi sección son unos cincuenta, duros y valientes. Nos llegó la hora. Estaban tendidos en el suelo. Yo separado a diez pasos de la guerrilla daba las órdenes. Mi gorra blanca y mi funda del sable atraía las balas como una golosina. Era la primera vez que mi gente se batía con el enemigo. Los moros poco a poco se venían corriendo hacia nosotros. La lluvia de balas arreciaba. Entonces mandé que se pusieran de pie.—Arriba, muchachos! Alinead! firmes! vista a la derecha! fuego!—Y comenzó el fuego por descargas hasta que los hicimos enmudecer y retirarse.

Me tiraron mucho. Y ¿se acuerda uno! se acuerda uno de tóo! ¿Usted ha estado alguna vez en Graná? Pues la que vive en la Carrera se me puso delante de los ojos, con todo su equipo.

La que vive en la Carrera es la Virgen de las Angustias, y de ella familiarmente decía el oficial que se le había puesto delante de los ojos con todo su equipo, es de-

cir, con todo el ornato con que se luce los días de fiesta.

Ojalá que siempre se ponga delante de los ojos de nuestros soldados esta visión de paz, de aliento y de confianza, esta madre que mientras la otra queda en España los acompaña a la guerra, esta aurora de esperanza que los sigue en medio de las vicisitudes inciertas de la lucha.

Señoras españolas seguid, seguid colgando al pecho de vuestros hijos, de vuestros padres, de vuestros hermanos, de vuestros prometidos el escapulario de la Virgen, la medalla de María, el escudo de la Inmaculada. Y vosotros, infantes aguerridos y valientes, no os avergoncéis de la que no se avergonzaron vuestros predecesores, valientes como ninguno. Y pues heredásteis su valor, heredad su devoción a la Patrona de la Infantería Española.

R., s. j.

## Emocionario de un madrileño

(ÍNTIMAS)

IV.

Había prometido a mi buen amigo don Fernando Bauer, la tarde de la procesión del Corpus, que el domingo próximo asistiría, Dios mediante, a la Conferencia de San Vicente, de la que él es Presidente muy dignísimo. A la hora convenida, diez de la mañana, estaba yo en el Barrio de Salamanca, junto a la hermosa iglesia de la Purísima Concepción. Adosados a ella están los edificios-escuelas, en uno de cuyos locales se celebra dicha Junta, por cierto bastante numerosa, en su mayor parte gente joven, entusiasta de la obra caritativa de visitar al pobre en su morada para socorrerle moral y materialmente. Parecíame estar en la nuestra de Gijón, donde a pesar de haber tanto *filántropo* amante del pueblo y no existir más de una de estas Conferencias (son muy pocos los inscriptos en ella).

Saludé a mis queridos consocios en nombre de los de Gijón y muy satisfecho de no haber interrumpido a pesar de mi viaje a Madrid la asistencia a estas Juntas que enfervorizan el alma en el amor a Dios y a nuestro prójimo que sufre, me volví a mi domicilio a esperar al incomparable Aureliano, con quien iba a recorrer algo que faltaba a mis ansias de ver y recordar.

Carta de mi casa, impacientísimos, claro, porque vuelva. Yo también lo deseo, pero al mismo tiempo siento dejar de nuevo este Madrid, que me atrae como imán poderoso; ¡hay en él tanto mío! ¡Estoy recreándome en tantos y tales recuerdos!...

— ¡Qué cosas tienes, amigo Aureliano! ¡Que si me perdí en este burdel madrileño!... ¡bah, bah!... Ando por aquí como Pedro por su casa... es decir... bueno... sí... me sucedió una vez que por querer aventurarme demasiado, cruzando calles y curioseando esto y lo otro, ya ves, afán muy natural en mí, pues que me perdí, y yo vueltas por aquí y vueltas por allí y que si esta calle y esta plaza, que desconozco... en fin, chico, pasé mis apurillos; me daba vergüenza preguntar en mi tierra que *en dónde estaba* y no pregunté ¡no! pero trabajo me costó volver a orientarme. De esto, cuidado que digas nada a nadie, ni a mi familia; yo pienso guardar el secreto. Después de todo, se trata de ese Madrid nuevo, que no tiene nada de particular se me haya presentado como el Laberinto de Creta, del famoso Dédalo, ¿no te parece?

¿Que si estuve en la Parada de Palacio? Ya lo creo, y vi el relevo de los alabarderos... ¡No iba mi padre! ¡Eran ya otros! No con bigote y perilla, como en aquellos tiempos, sino con bigote solo: disimuladamente les seguí hasta el cuartel en el que yo viví dos años; estuve algún tiempo contemplando aquella puerta por la que tantísimas veces entré y salí y aquel jardinillo; me acerqué más y vi el patio, aquellas ventanas... después no vi más, mis ojos se nublaron por las lágrimas; me retiré triste, pensando en mi padre... en mi madre... en mis juegos y en lo mucho que ha sucedido de entonces a hoy a ellos y a mí.

¿Quieres que volvamos por allá?

Aquí antes estaba un caserón deforme, con un arco que parecía un túnel y arriba la Armería Real. Una noche llamaron precipitadamente en la puerta de nuestra vivienda, en el Cuartel de Alabarderos, y al mismo tiempo que llamaban, decían: «¡Armarse! ¡Armarse!» Era que estaba ardiendo la Armería Real. ¡Qué susto! Ahora esto es otra cosa, esta verja es más conforme con la grandiosidad del Palacio.

La gran Plaza de Armas. Por esta correteaba yo casi siempre, a la par que es sitio espacioso y de novedades, con los reyes, la tropa, embajadores, etc., etc. Me hace recordar esto el día de la muerte de la inolvidable y buenísima reina doña María de las Mercedes. Qué hermosa estaba vestida de blanco en su ataud; se dejó verla al pueblo de Madrid. Por aquí vendieron la mar de fotografías de ella en traje de casa; todos las compraban; valían a peseta. Yo adquirí una: aún la conservo.

Aquí recuerdo también aquella noche que esperando estaba ansioso el pueblo madrileño el nacimiento del infante o infanta que había de heredar el trono de nuestros Reyes don Alfonso y doña María Cristina. ¡Qué desilusión cuando se vió aparecer allí un farol blanco! Todos esperaban rey y salió reina. Era en Septiembre de 1880. Aquella niña llegó a ser la inolvidable princesa de Asturias María de las Mercedes, cristianísima y caritativa como su madre la actual Reina Madre, que yo llamo la reina mártir por lo mucho que viene sufriendo en este mundo a pesar de su rango y fortuna. Dios, sin duda, la tendrá preparada una verdadera corona de reina en aquella Patria, mansión de almas grandes.

La Puerta del Príncipe. Jugaba yo un día aquí cerquita esperando la salida de los reyes para la Salve en Atocha, piadosa costumbre que no sé si seguirá todavía. Apenas asomaron los dos solitos guiando un coche abierto, sonaron dos tiros, que produjeron el natural revuelo de gentes, sustos y carreras. Se trataba

de un atentado contra el Rey. Las causas las ignoro; se habló de la Masonería... El criminal fué detenido en el acto; se llamaba Otero, era joven. No consiguió sus infames propósitos. Los Reyes, lejos de retirarse a Palacio, siguieron su camino entre aplausos y vítores. Cuando llegaron a Atocha aquello fué un entusiasmo delirante; la noticia del atentado corrió como reguero de pólvora.

Qué te parece, Aurelio, yo asistí a la ejecución de este infeliz regicida, que se efectuó al poco tiempo. Con esa insaciable curiosidad de muchacho me coloqué casi junto al tablado y no perdí un detalle de los últimos momentos del reo. Le vi llegar, más muerto que vivo, con su hoga de ajusticiado, sentarse en el banquillo, entregar pies y manos para que se los atasen, le vi besar con ansia el Crucifijo y luego al verdugo pedirle perdón, colocarle la argolla y apretar. Jamás perderé de vista aquella escena; hoy no me comprometía a presenciara. Dios haya perdonado a aquel extraviado por sectas infames.

¿Te pones triste? Pasemos a otra cosa. He visto las famosas Vistillas; están poco más o menos igual que cuando yo en ellas bajando la cuesta rompía pantalones y luego mi madre *me sentaba las costuras*.

Bajé por la calle de Segovia y estuve contemplando los balcones que tantos años sostuvieron la gran muestra que indicaba el colegio a que asistí: «Gran Colegio Ibérico, de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza, incorporado al Instituto de San Isidro». Así decía, y era su director todo un excelente maestro en saber y en cariño para sus discípulos; se llamaba don Ecequiel Gracia Ruiz; figúrate si sabía atraernos que más queríamos estar en clase que jugando. En mi librería guardo como agradable recuerdo algunos de los libros que daba con él y hasta un recibo del pago de los honorarios mensuales. ¿Vivirá aun este incomparable amigo y guía de mi educación e instrucción? Tenía entonces unos treinta y cinco años y vivía con su madre, ¡qué buena era también! Si viviera aun mi queridísimo don Ecequiel quisiera volver a besarle su mano, como hacíamos siempre al salir del Colegio.

¿Que si estuve en la iglesia donde me bautizaron? ¡Cómo no! La Parroquia de San José: allí estuve y allí conculgué ayer precisamente, pidiéndole a Dios por intercesión de su padre putativo San José y la Virgen Santísima su madre no me niegue su misericordia en el terrible día de la cuenta y renovando fervoroso las promesas del bautismo. Fué esta una mañana de las que no se borran jamás de la memoria.

Estuve también en el antiguo bazar de «La Unión», donde no encontré variación ninguna importante de cuando lo visitábamos unos cuantos amiguitos a escoger *de imaginación* lo que más nos gustase para llevárnoslo *de imaginación* también a nuestras casas. Ayer no fué así. Me compré unos cuantos objetos para sorprender a los de mi casa, esposa e hijos, y ya te contaré en carta la impresión que con ellos habrán de recibir.

Lo que no esperaba: tuve el gusto de encontrar aquí amigos queridos de Gijón y de estrechar su mano y charlar con ellos no poco tiempo: Don Manuel Riera, compañero que fué mío en un diario católico de aquella villa, hoy ejerce con especial competencia y aceptación el cargo de abogado. No menos agradablemente me sorprendió el encuentro del dignísimo inspector de Sanidad Marítima en la villa gijonesa don Aquilino Suárez Infiesta y

su distinguida esposa. Debo agradecerles sus deferencias para conmigo en todas ocasiones y sus francos ofrecimientos para cuanto aquí pudiera utilizarles. Con ellos me honré visitando algunos edificios notables.

Lo que es digno de admirarse es vuestro Monte de Piedad, modelo en su género y por los datos que tu me proporcionaste, fuente inagotable de beneficios a las clases humildes. Ya he visto que tomásteis el patrón para vuestras *Huchas de Ahorro* de las del Monte de Piedad de Gijón, y vosotros los empleados teneis aquí un vivir cómodo y un seguro de vida como en pocas partes puede ofrecerse. Bendigamos a Piquer y a Pontejes, fundadores de esta Institución insigne.

¡Caramba!, chico, cuánto siento no asistir contigo a la Conferencia de San Vicente que tenéis el martes a las siete de la tarde. ¿Que es de los vuestros y asistirá también el ilustre general Milans del Bosch? Todavía lo siento más; desearía conocerle personalmente; os felicito por tan distinguido consocio. Yo preciso marchar mañana, puesto que ya he terminado los asuntos que aquí me trajeron.

Sí, a satisfacción; me voy muy contento del resultado.

Bueno, te complazco; sea mi visita última de hoy a la Casa de Campo, ya que tienes *pase*. Nosotros también lo teníamos e íbamos a ella muchas veces. Es un lugar de recreo delicioso. No, no me guíes, yo te guiaré. ¿Crees que perdí la memoria? ¿Me tomas por un provinciano? ¡El lagol! La caseta real. Otro recuerdo emocionante de mi infancia: Estábamos una tarde sentados en estos sitios mi padre y yo, cuando veo que él se levanta rápido y saluda descubriéndose con una ceremonia a la que no me tenía acostumbrado. ¿A quién saludas?—pregunté. Mira—me dijo—¡el Rey!, y efectivamente, medio asustado yo, contemplo a pocos pasos a don Alfonso XII, que corresponde al saludo de un modo familiar, como si se tratara de amigo a amigo. Me chocó esto en el Rey, que iba con otro caballero, y preguntándole nuevamente a mi padre: ¿Te conoce acaso?, me responde: Conoce perfectamente a todos los alabarderos; es un buen fisonomista. ¿No le viste la otra tarde en las galerías de Palacio jugando con las Infantas y hablando de vez en cuando con nosotros? ¿Por qué te extraña esto ahora?... No obstante, a mi aquel paso me dejó la mar de preocupado. ¡Saludar así el Rey de España a unos insignificantes como nosotros!

.....  
¡Adiós, Madrid! Pueblo mío muy amado. Guardador estimado de mis primeros recuerdos. Me vuelvo a Asturias, a Gijón, donde los míos están ya impacientes por verme y yo también; mas no me ausento de tí sin pena; he vivido en tu seno días felices, he disfrutado alegrías y sentido penas, he visto colmados anhelos santos de mi alma... ¿Y volveré a verte, Madrid querido? Hoy en mi última visita a la Virgen de la Almudena así se lo he pedido para dentro de dos años y le he pedido también entre otras cosas mías por todos los que vienen ayudándome en mi obra de propaganda por la Religión y la Patria, con recuerdo especial para los suscriptores de aquí, todos muy buenos y activos, a quienes hubiese deseado visitar de haber podido. Yo os saludo agradecido al marchar... Adiós, Madrid. Virgen Santísima de la Almudena, San Isidro, mis patronos, ¿volveré a veros?...

REMITIDO

**Plegaria del delincuente***Al bondadoso capellán de esta cárcel, D. Julio Lacasa.*

Presta oídos, Señor, al delincuente, que en momento fatal, de desvarío, olvidose de Tí villanamente.

¡Ten piedad y perdónale, Dios mío! Si con sangre pudiera redimirse, el mortal que te implora, entristecido, la suya ofrecería hasta el morir; porque está de verdad arrepentido.

No dejes que sucumba en su tristeza. Perdónale, Señor, y sé su guía; que él promete seguirte con firmeza, orando arrepentido noche y día.

FRANCISCO COLL FLORES.

Prisión celular de Madrid. 1920.

**CHARLA**

—Señorito, deme una perrona que me falta para ir al cine.

—Mira, te aprecio lo bastante para negártela. No quiero contribuir al daño general; quizás al tuyo mañana u otro día.

—Coime... qué *gatu* es usted!

—Tiene razón ese pobre muchacho; con esa perrona hubiera pasado un buen rato. —Qué caros salen luego esos buenos ratos.

—A que va usted a hablar algo de esto en su periódico.

—Y por qué no. Un periodista católico, y aunque no sea católico, basta que sea honrado, ¿no ha de protestar contra esos espectáculos que están constituyendo en gran parte el mal social?

Vea, vea usted; me da pena ese diluvio de gente, sobre todo de chiquillos, que en la puerta de esos teatros se apretujan por entrar a beber el veneno de la vida servido en copas vistosas...

Usted es también como yo padre de familia, y no le vendrá mal que le lea esto, que precisamente leí esta tarde a propósito del cine. Oiga usted:

**NIÑOS, AL CINE.....**

Comprendemos bien los apuros de una madre al tener que elegir entre el sí fie la debilidad, que llenará de alegría a sus hijos y el no de la fortaleza, que los pondrá mohinos y cabizbajos. Pero lo que no comprendemos es que una madre cristiana o un padre cristiano puedan de tal modo traicionar su conciencia, que a las peticiones contesten con esa concesión, que es criminal por su misma amplitud: «Id al cine, hijos míos, a ver si os divertís mucho, pero no volváis demasiado tarde.»

»Y allá van los niños y las niñas, anhelosos de emoción, a ver, a ver muchas cosas; a ver apaches que se tirotean; ladrones que huyen en automóviles; trenes que descarrilan; criminales que roban; tenorios que raptan; mujeres desvergonzadas que urden líos escandalosos; escenas de taberna y de burdel..., todo eso van a ver los angelitos con la venia de sus papás, que han creído premiar su buen comportamiento del día o su aprovechamiento en el colegio con aquella frase por ellos tan suspirada: «Id al cine, hijos míos.»

—Siempre se exagera algo...

—Veámoslo, en las noticias últimas de este otro periódico; son muy substanciosas.

—Usted siempre anda lleno de periódicos.

—Los necesito para mis trabajos.

—Sí, sí; desde luego.

«Llénanse los ojos de lágrimas al ver

los estragos que el cine causa en las almas infantiles. Comunican de Charleville (Francia) que han sido detenidos por la gendarmería la niña de diez años Hosset Lucienne y el niño de ocho Madoulet Maurice. Los dos pequeñuelos, y con objeto de hacer cinematógrafo, como ellos declararon, atravesaron en la vía, con mucho trabajo, un poste viejo del telégrafo, ¡para descarrilar el tren!... El tren debía pasar pocos minutos después de haber colocado el poste.

»De los Estados Unidos llegó hace poco otra noticia de otros dos niños, protagonistas de otra hazaña criminal más terrorífica, si cabe, que la anterior.»

Creo recordará usted bien las fechorías de aquella cuadrilla de criaturas, la mayor no llegaba a los catorce años, que se dieron a imitar la *Mano que aprieta*.

Y aquel niño que después de robar a sus padres una buena cantidad de dinero, le dió por escaparse por los tejados, pudiendo haberlo hecho por la escalera más cómodamente. Sólo que entonces no podía saborear alguna de las aventuras de cine.

¿Y de qué hablan hoy la mayor parte de los chicos en la calle, en clase, en casa y hasta en la iglesia, mientras no acaba la obligada misa del día de fiesta, sino del cine de la tarde, del de la noche, de aquel bandido tan valiente y tan astuto, de aquel detective tan perspicaz, de aquellos novios que se fugaron, de aquella catástrofe aérea, de aquel horripilante asesinato muy bien hecho por ser el asesinado un tal y un cual...

—Sí, sí, lo reconozco que los espectáculos de diversión están hoy muy prostituidos.

—Y todo por el afán de lucro y por afán de pervertirlo todo. Si siquiera en estos espectáculos se moralizase. Si se trajese en ellos la presentación de buenas acciones para excitar la emulación, el saneamiento social; pero ya ve usted que estas malas lecciones que abundan están ocasionando males también sin cuento y no sólo en lo moral sino en lo físico.

Los médicos no recomiendan el cine, sobre todo a los niños, que pone en peligro su salud y hasta su vida. Son estos cines como explosiones terroríficas en tan tiernos cerebros.

—Recuerdo el caso a este propósito del hijo de un vecino mío que siempre que va al cine se despierta a media noche como asustado, creyendo estar metido de lleno en las «cosas de miedo» que vió en el teatro. Los padres comprenden que en llevarlo hacen mal, pero al llegar el día y presentárseles delante de las narices algunos de esos cartelones llamativos y espeluznantes allá vuelven. ¿Dónde ir sino?... Todo el mundo va hoy a estos espectáculos... Resulta hasta ridículo decir: yo nunca voy al cine ni al teatro... por ser malos.

—Cierto que sí, y cuando Dios nos llame a cuentas y nos pregunte por el cumplimiento de su Ley Santa, digámosle esto mismo y le convenceremos y al ver que El no tuvo en cuenta las necesidades de estos tiempos y que los pobrecitos hombres y mujeres y niños no tienen más medios de diversión que estos tan peligrosos y ofensivos a S. D. M., nos dirá: Sí, me he equivocado, hicisteis lo que debíais hacer; entrad en mi Reino y gozad lo que aún os quedó por gozar en el mundo.

Qué bonito y *chic* es todo esto, ¿verdad? Dios es tan misericordioso con los pecadores, que no ha de castigar a ninguno aunque no haya querido convertirse. Y como así lo creen muchos así viven, pero...

**Visión de los sueños de Alvarado**

Por Don Juan de Dios Z. Aniza.

(CONTINUACIÓN)

¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamé. Que no vuelvan a sonar en mis oídos esas palabras de execración. ¿Por qué, Señor, se abrieron nuevamente mis oídos para escuchar?

Y al poner mis ojos en el siniestro lado, vi levantarse mas almas negras, que arrebatában los demonios por los cabellos, y pensé: ¡almas negras! ¿qué hicisteis en el mundo para merecer tan horrendo castigo?; y en la Ciudad maldita se levantó entonces un atronador vocerío de hurras demoniacos, carcajadas diabólicas, e infernales aplausos con que aquellas almas eran irónicamente recibidas. Ahora las conocí; eran los Caines de las almas y de los cuerpos, eran lo más repugnante y odioso de los pecadores; llevaban bajo sus brazos, a manera de quemantes cilicios, sendos libros, por entre cuyas hojas asomaban cabezas de reptiles achataadas y flameadas que les mordían con lenguas de fuego. ¡Los conocí!; eran los editores de hojas de corrupción, excitadores de la lascivia; los que en la tierra lucraron llevando la podredumbre de todos los pecados a las almas y a los cuerpos. ¡Caines dobles! ¡Caines mil y mil veces!, matadores de inúmeros Abeles. Iban abofeteados sin cesar por sus víctimas los escritores sobornados por su oro, los que en el mundo se dieron tono de bohemios, y ahora, coronados de escarnio, eran a su vez perseguidos por sus víctimas. ¡He aquí el laurel que alcanzarán para toda la eternidad, arrastrados por los demonios de la lujuria, al par que las almas que corrompieron, maldiciéndose y castigándose unos a otros y todos allá en la región sin esperanzas, en la ciudad maldita!

Y seguía el juicio del Eterno Juez. Ví adelantarse un alma temblorosa que revestía la apariencia de un viejecito humilde; dobló sus rodillas y hundió la frente hasta el suelo ante la Majestad Augusta del Infinito Poder. Entre tanto que el anciano esperaba, algunos espíritus aplicaban antorchas luminosas al plato de los pecados, que ardía sin quemarse, y luego derramaban esencias riquísimas, que apagaban las llamas y tornaban como un lago de oro al plato purificado, antes herumbroso por el contacto del mal. No pude comprender entonces lo que aquello significaba. Veía temblar al viejo como una débil caña. ¿Qué hiciste de tu vida? creí entender le decía desde su altísimo trono el Redentor. Señor, misericordia, misericordia, repetía él; y atentos mis ojos a la balanza, pude ver atónito un nuevo milagro que me dejó aterrado. En los aires, con nacarinas nubes por cimientos y sostenido por las manos de innumerables ángeles, apareció un hermoso templo. ¡Dios mío! ¡el que yo costé en mi pueblo! Sí, era ella; mi Iglesia querida; y vi aparecer otros edificios, que luego conocí ser el Hospital, las Escuelas, la Casa de Beneficencia, el Monte de Piedad y las casas de Caridad por mi fundadas en vida. Creí morir de pavor, al pensar que era yo sin duda el que iba a ser residenciado; pero, ¿cómo había de ser eso, si un ángel se acercó al pulcro ancianito y haciéndole alzar la frente le señaló los edificios?; el viejo levantó los brazos suplicantes (con él iba aquello; de mí nadie se acordaba entonces). Pero... ¡Dios mío! ¿soñaba yo? Restregué fuertemente mis ojos. No, me dije, estoy despierto. Y poseído de un miedo aterrador miraba al anciano, en el

